

UCD-CEOE, LUNA DE MIEL

RAMIRO CRISTOBAL

LAS líneas convergentes tienen un destino inevitable: unirse en un punto más o menos lejano. Quizá, en un espacio enrarecido o para observadores interesados, haya momentos en que parecen separarse. No es así. Las leyes matemáticas deben cumplirse. Para UCD y la CEOE, esta ley también ha sido cierta en su desarrollo. En plena luna de miel por el programa económico, los rumores expresan distintos matices de una misma realidad. Para algunos, CEOE dio las líneas maestras del plan que los principales ministros económicos de UCD —Abril y Leal— han presentado como propio; para otros, el Gobierno elaboró el programa teniendo muy en cuenta las posibles reacciones de la gran patronal. Hay, por último, quien insinúa que el proyecto tuvo un "pase" privado para los responsables de la patronal y que éstos introdujeron diversas "sugerencias" que fueron finalmente incorporadas. Es igual, el resultado es el mismo.

Con todos los matices que se quiera, en este mes de agosto de 1979, el proceso democratizador de este país, al menos en sus aspectos económicos, ha dado un importante paso atrás. La presión de la gran industria y de la gran Banca ha sido demasiado fuerte para las veleidades socialdemócratas del partido en el poder. Lejos quedan ya los días de la contestación empresarial y de los consejos en Estados Unidos para no invertir. Ahora, todos están de acuerdo y sólo faltan barreras molestas oposiciones y vestigios de audacias pasadas.

Un desafío leal

Criticar es fácil. El que tenga un programa económico que proponer a este país,

que lo diga en público y lo confrontaremos con el nuestro. Estas o parecidas palabras fueron las que el ministro José Luis Leal lanzaba a la opinión, santamente indignado por las críticas de los partidos de izquierdas. Este leal desafío, sin embargo, tiene, como las películas alemanas, una segunda y hasta tercera lectura.

Evidentemente, hay otros programas económicos, y, en todo caso, no es difícil elaborar uno alternativo. Lo que el señor Leal quería decir, para entendernos, es que en las actuales circunstancias sociopolíticas de este país se ha elaborado un plan de derechas, que es el que corresponde a las principales fuerzas económicas existentes. El único que están dispuestas a tolerar. Aun, una tercera interpretación: lo que se nos quiere comunicar es que otro programa más intervencionista, con una presión fiscal

mayor y con una creciente representatividad de las fuerzas laborales, sería indefectiblemente boicoteado por el capital, que aún conserva el poder fundamental que acumuló en el régimen anterior.

Aquí no se trata de planteamientos técnicos, sino políticos. El asunto no es, como pudiera parecer a primera vista, que haya quien sea capaz de elaborar un programa económico, sino hasta qué punto el país real, el mundo del dinero para ser más exacto, está dispuesto a tolerar cualquier solución que no le convenga. Y, viceversa, hasta qué punto un eventual triunfo de la izquierda podría poner en marcha un programa económico distinto al actual. Y, colocándose un poco más allá, hasta qué punto la reforma política impuesta es paralela a una deseable reforma social y económica o se está produciendo un abismo cada vez mayor

entre el número de votos obtenidos por los partidos de izquierdas y la carencia de poder de aquéllos. De la misma manera que es cada vez más perceptible la influencia de las minorías industriales y financieras, cuyo poder dice sí o no a eventuales partidos o Gobiernos.

La valentía de Abril

Por cierto que la CEOE tiene algunas puntualizaciones que hacer al programa del Gobierno. Lo que sí reconoce es la valentía en su planteamiento: "Se valora positivamente —dice— el reconocimiento de la realidad y la imposibilidad de mantener la actual situación". Lo más curioso es que aquella realidad y esta actual situación tienen precisamente las mismas fuentes que el programa económico. Es decir, que a base de indecisiones y temores de todas clases, los ministros económicos del partido en el poder han acabado por crear "más de un millón de parados, han logrado un déficit más que alarmante del gasto público, han llevado adelante una política monetaria timorata por demás y se han desinteresado de los problemas de la mediana y pequeña empresa. Una vez llegado a este punto, opinan que es lícito vender el alma al diablo para salir de la crisis que ellos mismos han hecho. Y en esto consiste la valentía.

Naturalmente que la situación es insostenible y que había que afrontarla con realismo. Lo que parece el colmo es esta política de Juan Palomo, en la que la autosatisfacción de corregir el rumbo viene precedida por la alegría de equivocarse y eludir responsabilidades a base de no poder perder nunca votaciones en el Parlamento o más sencillamente a base de no





Para Ferrer Salat y la CEOE —en la foto, reunión de esta patronal con Abri Martorell—, las libertades gubernamentales son pocas.

presentar en el Congreso lo realizado.

Digamos de paso que esta catastrófica situación de la economía nacional ha terminado por ser la excusa comodín de todos nuestros males. La instalación de multinacionales se justifica por los puestos de trabajo que proporcionarán en la zona y las centrales nucleares "serán un elemento de desarrollo". La atonía de la inversión justifica un endulzamiento en la reforma fiscal, y al no poder detener el alza de los precios, tal como ha ocurrido en el primer semestre de este año, se les pide a los trabajadores que desistan de peticiones de alzas salariales. O como dice la CEOE, a "las excesivas reivindicaciones sindicales".

Las libertades de la CEOE

Se dice que el programa del Gobierno corresponde a la derecha liberal y se analizan los comentarios de CEOE al mismo diciendo que pretenden un mayor grado aún de liberalización. En este mismo sentido, un artículo del empresario Antonio Garrigues, gran admirador de los Estados Unidos y ferviente paladín de este liberalismo en materia económica, adelantaba las opiniones de la patronal sobre el tema, desde el lugar de honor del diario "El País". "Nos falta ahora —dice Garrigues— la libertad económica. Conseguirla

parece ser —aunque haya que leerlo entre líneas— el gran objetivo del programa económico... Esa libertad económica favorecerá al sistema en conjunto, pero especialmente a los pequeños y medianos empresarios... Hay que liberalizar el sistema financiero, hay que reducir el poder administrativo, hay que eliminar las tentaciones planificadoras".



José Luis Leal: "Criticar es fácil".

Sí, la planificación tiene muy mala prensa en este país. No hay más que ver al Gobierno UCD, que presenta los presupuestos con seis meses de retraso y aprovecha los meses de verano para pasar sus programas energético y económico lo más disimuladamente posible. Por lo demás, la mencionada libertad del mercado en un mundo de gigantismo de la publicidad y de dudosa igualdad competitiva entre grandes y

pequeñas empresas es muy discutible. Este tema, centro de una de las más famosas teorías de Galbraith, ha sido estudiado convenientemente y los resultados no suelen probar con frecuencia esas pretendidas ventajas que obtendrá la pequeña y mediana empresa, según la opinión más arriba citada. Por lo demás, si el Estado-patrón ha demostrado muchas veces su ineficacia, no mucha más han demostrado las multinacionales privadas.

Por lo demás, para Ferrer Salat y la CEOE, las libertades gubernamentales son pocas. Por ejemplo, aún no se ha logrado —todo llegará— la liberalización en las relaciones laborales, o, lo que es igual, la flexibilidad de plantillas, o, dicho en castellano, el despido libre. En su documento "Comentarios al programa económico del Gobierno", los técnicos de la patronal proponen un paso más en dicho terreno. De la misma manera que consideran excesiva la presión fiscal, que Félix Mansilla, de la directiva de CEOE, considera fruto de la inspiración de las tesis del PSOE. Con todo, aquí parece haber un escollo, pues a pesar de la defenestración de Fernández Ordóñez en la última remodelación ministerial, parece que el actual ministro de Hacienda, García Añoveros, se ha solidarizado con la reforma fiscal de aquél. La patronal tendrá que estudiar detenidamente este punto.

La Seguridad Social sigue

pesando excesivamente, a juicio de los empresarios, sobre sus sacrificadas espaldas, y la política salarial debe estar siempre atenta al proceso inflacionista. En opinión de la CEOE, si se quiere contener el aumento de precios, los aumentos salariales deben ir por detrás de la productividad, o en otros términos, deben ser inferiores al aumento de los precios al consumo. Se pide, además, una mayor liberalización de estos últimos. Hasta aquí, las libertades de la CEOE.

Curiosamente, en cambio, se pide al Gobierno que no imponga de momento el impuesto sobre el valor añadido y se espere hasta el ingreso de España en la CEE. También se pide el mantenimiento del proteccionismo arancelario en lo que respecta a las importaciones y se solicita un mayor apoyo a la exportación.

En definitiva, nuestros patronos desean (¿imponen?), como de costumbre, repicar y estar en la procesión. Libertades económicas para lo que les conviene y proteccionismo para sus puntos débiles, incluida la confrontación social con los sindicatos. Falta por saber hasta qué grado el control del ejecutivo es un hecho por parte de los poderes económicos. La respuesta a estas consideraciones patronales dará la clave en fechas muy próximas.

De momento parece haber muy buenas relaciones entre los dos grupos, que afilan sus armas, unos en el mundo laboral y otros en el Parlamento, de cara al otoño, que las centrales sindicales han bautizado de "caliente". Habrá que esperar que UCD recuerde que entre sus millones de votantes hay bastantes más que los patronos de la CEOE.